

Los pozos de nieve

Desde la antigüedad, la nieve acumulada en la montaña se ha utilizado para enfriar bebidas y alimentos, incluso llegó a emplearse con fines curativos. Con el cambio de costumbres y la mejora de vida en las ciudades, la demanda de este conservante natural creció de tal modo que su comercialización se convirtió en un próspero negocio, creando numerosos oficios en el medio rural.

Los pozos de nieve eran unas sencillas construcciones circulares de 8 a 10 metros de diámetro, excavadas en la tierra y que solían revestirse de piedras. Se construían en zonas de umbría, orientados al norte, donde las condiciones son más favorables para la conservación del hielo.

El trabajo comenzaba a finales del invierno o inicios de primavera, tras las últimas nevadas. Los neveros (personas encargadas de aprovechar la nieve) recogían la nieve con palas y las transportaban en espuestas y capazos hasta el interior de los pozos, donde se prensaba con la ayuda de grandes pisones de madera hasta convertirla en hielo. La nieve se disponía en capas separadas por ramas y vegetación y una vez lleno el pozo, se cubría con plantas del lugar (jaras, aulagas, ramas de pinsapo y tierra compactada), quedando almacenada hasta el verano.

Ya en verano y por la noche, se cortaba en bloques que se metían en capachos de 50 kg, totalmente recubiertos de una fina paja, llamada tamo y helechos. Estos capachos se transportaban a lomos de bestias conducidas por arrieros hasta Málaga y otras localidades.



La Sierra de las Nieves debe su nombre a este oficio, que fue considerado uno de los más importantes de la zona, formando parte del rico patrimonio etnográfico de la sierra, cuya conservación depende de nosotros.